

Álvaro Pombo: «El perdón puede curar las heridas, pero las heridas del espíritu no cicatrizan sin dejar huella»

María Escobedo

EL NARRADOR Y POETA CÁNTABRO ÁLVARO POMBO, MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, HABLA EN ESTA ENTREVISTA DE SU ÚLTIMA NOVELA, *EL TEMBLOR DEL HÉROE*, CON LA QUE HA GANADO EL PRESTIGIOSO PREMIO NADAL, OTRO GALARDÓN QUE AÑADIR A LOS MUCHOS RECONOCIMIENTOS IMPORTANTES QUE HA LOGRADO DESDE QUE GANARA EN EL AÑO 1983 EL ANAGRAMA, POR *EL HÉROE DE LAS MANSARDAS DE MANSARD*. DE HÉROE A HÉROE, POR LO TANTO, SU OBRA HA IDO CREANDO UN MUNDO RESPETADO POR LA CRÍTICA Y LOS LECTORES, QUE VEN EN ÉL UN MODELO DE INTELLECTUAL QUE UNE ÉTICA Y ESTÉTICA PARA CREAR LIBROS QUE INTERESEN AL LECTOR, LO ENTRETENGAN Y LE HAGAN PENSAR

Álvaro Pombo (Santander, 1939) escritor y miembro de la Real Academia Española desde el año 2004, es un hombre que declara «estar reaprendiendo a vivir a los 72 años» y que, en consecuencia, sigue buscando después de tenerlo todo, sin ceder al conformismo ni bajar su nivel de exigencia tras haber ganado innumerables lectores y honores, el último de ellos el premio Nadal, con su obra *El temblor del héroe*, y antes el Nacional, por *Donde las mujeres* (1996), el de la Crítica por *El metro de platino iridiado* (en

1990), el Planeta por *La fortuna de Matilda Turpin* (2006), el Anagrama por *El héroe de las mansardas de Mansard* (en 1983), el Fastenrath por *La cuadratura del círculo* (1999), el Premio Fundación José Manuel Lara por *El cielo raso* (2001)... Pero eso, en lugar de volverle confiado o hacer que se entregase, como él mismo dice, «al acobardamiento», a transitar sólo territorios ya conocidos y dominados, ha hecho de él un indagador incansable de nuevos retos, tal vez porque es de los creadores que parece pensar que la palabra *ética* es el único punto de partida tolerable y, por lo tanto, entiende que el sentido de un libro es dar una respuesta a algo que no está claro. Eso, que vale para las obras citadas y para otras como *Virginia o el interior del mundo* (2009) o *La previa muerte del lugarteniente Aloof* (2009), es la base de *El temblor del héroe*, en la que reflexiona sobre el mal y el perdón, acerca del poder curativo del paso del tiempo y la complejidad que une a las personas con quienes alguna vez les hicieron daño. Su expediente académico como licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid se nota en esta narración llena de preguntas intensas y dudas fáciles de compartir pero que conmueven la conciencia del lector. *El temblor del héroe* es una novela en la que combaten la forma y el fondo, el pensamiento y el estilo, y en la que esa lucha es un aspecto esencial del libro, porque la reflexión continua de los protagonistas sobre su pasado y su destino modela la trama, condiciona sus actos y forma parte del argumento. Los orígenes de Pombo como poeta inciden en su prosa, donde siempre, y tal vez de manera muy especial en esta ocasión, se deja ver la vena más lírica del autor de *Protocolos* (1973), *Variaciones* (1977), *Protocolos para la rehabilitación del firmamento* (1992) o *Los enunciados protocolarios* (2009). El novelista cántabro tampoco rehúye esta vez sus temas tradicionales, la sexualidad, el imán a veces peligroso de la belleza o la amistad. En la entrevista que sigue, Pombo hace un alarde de sus capacidades como intelectual, pensador, erudito y polemista, y desvela algunas de las claves de *El temblor del héroe*, sus fuentes filosóficas, entre las que resalta el nombre de Soren Kierkegaard y las intenciones que le llevaron a escribir este texto lleno a la vez de nostalgia y de vitalidad.

– Uno de los personajes centrales de su novela, el antiguo profesor de filosofía llamado Román, dice buscar «el vacío, el no-yo», y les enseñaba a sus alumnos de la Facultad que «filosofar es un ejercicio de dejación de la vida personal, un desahucio del yo» que pueden conducir «a la clarividencia y al sosiego.» ¿Merece la pena perder una cosa para lograr la otra?

– El consejo que Román daba a sus alumnos –la liberación del yo– es parte de una sabiduría milenaria, que no sólo recoge la filosofía occidental en la idea de que la filosofía es una *meditatio mortis*, sino que también forma parte de las enseñanzas del yoga originario de la India con más de siete mil años de antigüedad. El problema de Román es que la filosofía no le ha servido para sosegar y al final de su vida se ha encogido y acobardado, ese es su problema espiritual. Sin duda la vejez es una de las ocasiones que cada cual tiene para aprender a morir sin renunciar, quizá, al yo empírico pero transfigurándolo en un yo, por ejemplo, más compasivo, más comprometido con los demás, incluso más político en el sentido amplio y profundo y aristotélico de esta palabra.

– ¿Buscar explicaciones, como hacen los filósofos, es una manera de meterse en el laberinto sin salida que menciona Kierkegaard y se cita en El temblor del héroe, donde uno «trata de continuo de salir, pero de continuo sólo encuentra entradas que lo conducen de nuevo a sí mismo»?

– Creo que he expresado, con la figura de Román, una raíz filosófica válida: que filosofar es preguntar una y otra vez las mismas preguntas. El filosofar tiene un carácter circular. A diferencia de la ciencia positiva (que resuelve los problemas o los disuelve), la filosofía problematiza una y otra vez los asuntos del hombre individual y colectivo. Hasta aquí bien, pero ese carácter circular de la filosofía puede, como en el caso de Román, convertirse en teoría torcida, retorcerse. Entonces el preguntar acerca de uno o de los demás se convierte sólo en mera curiosidad, en curioso (por oposición a la filosofía) o en desasosiego. Román vuelve una

**«La filosofía problematiza una y otra vez
los asuntos del hombre individual
y colectivo»**

y otra vez sobre sí mismo una vez jubilado, hasta descarrilarse, desahuciarse o desvirtuarse en el acobardamiento.

– *La relación entre Héctor y Bernardo ¿tiene algo de síndrome de Estocolmo? Bernardo ha sido un corruptor de menores que abusó de Héctor a los trece años, pero éste no le guarda rencor. «Yo le quería», dice. «Es cierto que abusó de mí. Pero yo le quería. La idea de que todo aquello fueron abusos vino después.»*

– Yo creo que sí, que hay sin duda una descripción digamos de un tipo de síndrome de Estocolmo: la complicidad entre víctima y victimario. En el caso de la novela mía lo que ocurre es que Héctor ama a Bernardo porque, con corrupción infantil incluida, fue el único que se ocupó de él cuando era muy joven. Héctor quedó apegado a Bernardo, pero Bernardo no le correspondió con amor sino con el uso y posteriormente con una posesividad no amorosa.

– *¿El perdón de la víctima es suficiente para absolver al culpable? «Bernardo había cometido un delito, pero dado que el delito había sido cometido contra el propio Héctor, Héctor tenía la capacidad de perdonarlo.»*

– Quizá para absolver subjetivamente al culpable baste, pero no legalmente o políticamente. El asunto es que Bernardo comete un delito contra Héctor que tiene un tratamiento penal específico. Bernardo sabe eso de sobra, todos lo sabemos. El perdón puede curar las heridas, pero no es cierto como creía Hegel que las heridas del espíritu cicatricen sin dejar huella.

– *El personaje de Bernardo, que parece pasar de corruptor de menores a corruptor de adultos, violentando el cuerpo de aquellos y la mente de estos, ¿es una especie de versión del diablo?*

– Está sin duda inspirado en el concepto de Mefistófeles de *El concepto de la angustia*, de Kierkegaard. Sería la noción de una negatividad pura, banal (la banalidad del mal, recordemos), que está persuadida, como aquel personaje de Shakespeare de que *There is nothing serious in mortality*. Nada ha sucedido en

**«El perdón puede absolver subjetivamente
al culpable, pero no legalmente
o políticamente»**

opinión de Bernardo, porque nada grave sucede y todo es efecto de superficie. Bernardo es sin duda una representación del mal.

– *«Cualquier clase de amor es asfixiante», se dice en la novela, pero sus personajes parece buscarlo mientras huyen de él.*

– Esa generalización mía es desde luego exagerada. Pero es verdad que el amor, el eros, incluso teniendo cuenta todas las salvedades que Martha Nussbaum puso al concepto de Eros platónico en *La fragilidad del bien*, incluso así el eros es posesivo y pegadizo. Es preferible sustituirlo en gran medida por la filia, por la amistad. Sin excluirlo y sin darle todo el corazón, ambas cosas a la vez.

– *Otro de los protagonistas de El temblor del héroe, Eugenio, acusa a Román de estar resentido. ¿Lo está?*

– Yo sí creo que Román está resentido injustamente. Hay personas que viven como si siempre se les debiera algo. Pero en el caso de Román, el resentimiento viene de una incapacidad de ponerse en el lugar de los otros. De superar el encogimiento resentido, tristón, aviejado, que la vejez trae consigo en ocasiones. Uno echa de menos la alegría tan filosófica y tan noble de Baruch Spinoza en este inactual filósofo de mi invención.

– *«Desear es más sencillo que admirar», dice Elena. ¿Este es un mundo en el que sobra ambición y falta empatía?*

– Desde luego. Sobra concupiscencia, ni siquiera ambición—que es después de todo un concepto noble aunque fácilmente degradable—. El deseo es parte integrante de la comprensión del mundo, pero el desear es también concupiscencia y consumo, es decir: inconsistencia desasosegada de la vida, que nos empeora y nos ciega. Casi me atrevería a decir que el deseo concupiscente ahoga la alegría y la soberbia de la vida elevada, en el sentido de Spinoza.

– *En un momento, se dice en el libro que la universidad española es hoy «átona como nunca antes en España.» Y se añade que*

**«Sin excluir el amor, es preferible
sustituirlo en gran medida por la filia,
por la amistad»**

un problema de «la libertad es que implica la libertad de no producir nada útil». ¿El Estado del bienestar es un ámbito acomodaticio?

– El estado del bienestar se ha ido degradando. Es evidente que la preocupación por el bienestar de los ciudadanos se ha ido convirtiendo en un vulgar hedonismo. Ojo, en la Constitución gaditana de 1812 se decía, en el capítulo 3º, artículo 13: «el objeto del gobierno es la felicidad de la nación. Puesto que el fin de toda sociedad no es otra que el bienestar de los individuos que la componen». La sociedad del bienestar se ha, sin embargo, degradado, se ha convertido en una sociedad jadeante cuya «iracundia de hiel y sinsentido», que diría Juan Ramón Jiménez, se desmorona a lo tonto.

– *También aparece en la novela «Un Madrid menor desconcertado por la crisis económica». ¿Vivimos en estos momentos justo eso, versiones menores de nuestra vida?*

– Personalmente yo estoy viviendo la versión mayor de mi vida, en el sentido de que con 72 estoy reaprendiéndolo todo, escribir incluido, y he desarrollado un sistema emocional más sólido y profundo que todos los anteriores de mi vida. A mí me sienta bien la vejez, pero es posible que la crisis económica nos esté achicando inmerecidamente. Dicen los andaluces que «donde no hay harina todo es mohína». Pues eso.

– *¿Se considera un hombre «inactual», como uno de sus personajes, que vive alejado de ordenadores, correos electrónicos y demás?*

– No, no. Yo vivo muy en la pomada tecnológica, aunque con ayuda de dos o tres buenos amigos mucho más jóvenes que yo, que me ponen al día.

– *Alguien recuerda de pronto en el libro «un texto de Pombo donde se insiste en eso: «El laberinto nos confundió de esfuerzo. / Y los años nos confundían más y más cada vez, separándonos / de la suasoria hierba y del tacto». ¿Le gusta dejarse ver en sus novelas como a Alfred Hitchcock en sus películas?*

«Yo estoy viviendo la versión mayor de mi vida, en el sentido de que con 72 años estoy reaprendiéndolo todo»

– Me he dejado ver en ese sentido hitchcockiano en dos o tres novelas. Supongo que sí y a la vez lo bueno de las novelas es que uno mismo, el yo empírico, no tiene por qué aparecer en absoluto: «yo soy un otro».

– *Román se define a sí mismo de esta forma: «Soy desconfiado, eso significa que no encajo del todo con nadie, que me excluyo a mí mismo.» ¿Se parece usted a él en eso?*

– Me parezco en el sentido de que soy desconfiado. Mantengo muy pocas relaciones íntimas, aunque antiguas y profundas, pero afortunadamente hace muchos años que yo ya no me excluyo a mí mismo del caudal político-vital de la ciudad, la lengua y la patria que me han tocado en suerte. Soy cada vez menos internaciona- lista, cada vez más –como se decía en el himno de Acción Católi- ca– del «ibérico solar».

– *«Deslizarse es lo contrario de enraizarse», leemos en su libro. Se refiere a la afición de Bernardo por el patinaje, pero ¿sirve como modelo de vida?*

– Bernardo es, desde luego, un contramodelo de vida, pero podemos abstraer el concepto de deslizarse y de enraizarse y valorarlos con valiosos. Por ejemplo: cuando Vattimo proponía un pensamiento débil, se refería a un pensar en superficie la realidad, por oposición a las macroestructuras ideológicas y sistemáticas del XIX y principios del XX, que pensaron demasiado geológicamente el mundo en lugar de hacerlo vitalmente. Frente a la fábrica del mundo real, que decía Hartmann, nos proponemos ahora pensar en términos de la cinemática vital y virtual del mundo real. Tómese esto como los margaritas con sal y limón.

– *A usted también le parece, como al personaje de Elena, que este mundo es confuso, violento, ajeno e incurable?*

– Es confuso, violento y ajeno, pero no es incurable. Puede ser cuidado en el sentido de la cura heideggeriana, aunque sea incurablemente mortal. El hecho de que seamos seres-para-la muerte, no quita para que no seamos a la vez seres que se cuidan a sí mis-

«Soy desconfiado. Mantengo muy pocas relaciones íntimas, aunque antiguas y profundas»

mos y a los demás, seres que se atienden, mejoran e iluminan: eso es la ética del cuidado. Siento sonar en estas contestaciones como una mezcla de predicador-divulgador-manual de autoayuda y soplagaitas a la manera ceniza de Kiko Argüello. No tome esto a mal, María Escobedo. Es el viejazo que voy pegando sin siquiera darme cuenta.

– *¿Confiar en la persona equivocada conduce a la catástrofe, como le ocurre a Héctor con Bernardo?*

– Sí. A la vista está que sí. Pero tenemos que salvar a todo trance el acto de absurda confianza. La donación de la fe por absurda que sea es valiosísima. Recuerde usted la canción antigua: «Madre, un caballero/de casa del rey/ siendo yo muy niña/ pídieme la fe/ Díselo yo madre/ No lo negaré/ Mal de amores he.» La niña que puso su confianza en un sinvergüenza pichabrava es superior, éticamente hablando al no-ser en quien creyó con fe viva. Así que, en efecto, la persona equivocada, en este caso una mala persona, porque también se enamora uno de buenas personas que no nos corresponden, en ese caso no hay problema. Pero si el objeto amoroso es además, si el amado es además un hijoputa, tenemos la catástrofe asegurada, el temblor trágico del héroe.

– *Ha ganado multitud de premios, ahora el Nadal, antes el Planeta, el Anagrama, el Fastenrath, el Nacional, el de la crítica... ¿Qué le queda por conseguir con sus novelas?*

– Me queda por escribir una gran novela, quizá una gran novela cómica. Pertinente es aquí recordar a San Ignacio de Loyola: ¿De qué me sirve ganar el mundo entero si al fin pierdo mi alma? Si después de tanto premio y tanta leche, no escribo una gran novela cómica o trágica, que puede en principio ser tan breve como *Pedro Páramo*, habré fracasado en la vida y ni siquiera seré rico. El dinero desaparece hoy día y casi también la gloria literaria a velocidades vertiginosas. Laus Deo.

– *Y como académico, ¿qué huella le gustaría dejar en la RAE?*

**«Tenemos que salvar a todo trance
el acto de absurda confianza.
La donación de la fe»**

– Difícil pregunta. Caracteriológicamente yo soy muy poco académico. Soy un personaje marginal. A la vez, puesto que acepté el honor de la RAE, y yo siempre me comprometo con el presente, con las presentes circunstancias, espero dejar la huella de haber estado a la altura del honor que se me hizo, haber asistido semanalmente y prestado toda mi atención a lo que se hace en comisiones y plenos. Espero ser recordado por mi fidelidad y buen humor (repentes coléricos aparte). Deo volente ©

**«Espero ser recordado por mi fidelidad
y buen humor (repentes coléricos aparte).
Deo volente»**